

en su candidez sublime de hombre honrado, intenta realizar el imposible asociando todos los sabios, todos los artesanos, todos los pensadores á la redacción de la *Enciclopedia*, gran libro que expone todos los conocimientos, todas las industrias y que da luz sobre todas las cosas, con intento de evitar la vuelta ofensiva de esos sacerdotes que, no obstante, tenían todavía una buena parte del poder material en sus manos y que el mismo Diderot no desafió siempre sin peligro.

Aunque nadie lea ya la *Enciclopedia*, reemplazada desde hace mucho tiempo por la ciencia en sus progresos incesantes, esta obra no deja de ser un monumento simbólico del bello ideal que se mostraba entonces á la humanidad consciente: el siglo XVIII es ante todo el siglo de la *Enciclopedia*. Para atenuar su efecto, los jesuitas, obligados á renunciar temporalmente á la prisión y á la hoguera, su método preferido de refutación, trataron de luchar valiéndose de una empresa análoga. Desde su convento de Trévoux lanzaron su *Diccionario*, antigua obra de Furetière, revisado por el protestante Basnage, después de nuevamente acomodado por los reverendos padres al uso de las personas piadosas¹. Pero desde el punto de vista de la conmoción moral producida, no había comparación posible entre las dos «Enciclopedias». Los mismos jesuitas desertaban de su orden para convertirse al libre pensamiento, á la investigación desinteresada de lo verdadero. El clérigo Raynal fué uno de esos tráfugas, y dió una bella garantía de la sinceridad de sus convicciones publicando la *Historia filosófica de las dos Indias*, en la que colaboró el gran Diderot, y que fué acogida con entusiasmo en el extenso mundo conquistado entonces á la lengua francesa.

Juan Jacobo Rousseau, que resplandeció todavía con Voltaire en plena apoteosis como uno de los representantes por excelencia del período de evolución que precedió á la Revolución francesa, fué un retardatario en la lucha, puesto que su famoso *Discurso sobre los orígenes y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, no se publicó hasta 1753, pero pronto removi6 la sociedad entera: se vió en él el precursor de un nuevo orden de cosas. Habiendo llegado al momento psicológico en que la clase elegante y refinada, desarro-

¹ Gaston Paris, *Revue des Deux-Mondes*, 15 IX, 1901.

QUE

en los zarzales & en las hayas, donde se eleva á 5 ó 6 pies, & algunas veces hasta 10 en los sitios frescos & á la sombra; sus ramas, poco flexibles & que se cruzan irregularmente, están cubiertas de una corteza de color ceniciento, que distingue especialmente este arbusto, cuyas hojas, algo ovaladas & sin dentellones, son también de un verde blanquizo; sus flores, de un blanco sucio, son poco notables, aunque muy semejantes á las de la madre-selva; aparecen á principios de Mayo, vienen siempre á pares al nacimiento de las hojas & duran unos quince días. Su fruto, malo & nocivo, es una baya del tamaño de un guisante, que se vuelve roja & blanda cuando madura en el mes de Julio, & que no cae hasta las primeras heladas. Ese arbusto se da en todos los terrenos, resiste á todas las intemperies & se multiplica más que lo que se desea & de todas maneras.

El chamæcerasus de fruto rojo, marcado con dos puntos. Este arbusto no pasa de cuatro ó cinco pies de elevación; sus ramas, que se sostienen rectas, le permiten una forma regular; la flor, que tiene un ligero matiz púrpura obscuro, es menor que la de la especie precedente, & sin mejor apariencia; aparece á primeros de Mayo y suele durar quince días. Sus frutos, que maduran en Julio, son unas bayas rojas de mal gusto, notables por los dos puntos negros que se hallan en cada una. Este arbusto, originario de los Alpes & de Alemania, es muy robusto, arraiga en todas partes, se multiplica tan fácilmente como el anterior & por los mismos medios; pero tampoco se le conoce utilidad.

El chamæcerasus de fruto azul: es un arbusto muy ramoso de unos cuatro pies; sus flores, pálidas & pequeñas, se presentan pronto en la primavera, de la cual no son el ornamento. Su fruto, que madura al final del verano, es una baya azul, cuyo jugo ácido no es desagradable al gusto. Este arbusto no es delicado; se le puede multiplicar por semilla & por ramas tumbadas, las cuales han de ser acodadas si se quiere hagan suficiente raíz, para ser trasplantadas al cabo de un año; pero que se obtiene difícilmente por estaca.

El chamæcerasus de fruto negro: es un arbusto muy pequeño que se eleva á tres ó cuatro pies; sus hojas le distinguen de las otras especies por sus dentellones. Sus flores, que son pequeñas & de un color violeta poco acentuado, aparecen en el mes de Mayo, & les siguen unas bayas negras de mal gusto que maduran en Julio. Este arbusto prefiere la sombra & un terreno húmedo; es muy robusto, & se puede multiplicar por semilla, por ramas tumbadas & por estaca; no se le conoce todavía ningún uso. (c)

* QUESO, la leche está compuesta de tres substancias diferentes: la nata, la parte serosa & la parte caseosa, ó el queso.

Esas tres substancias pueden separarse en toda clase de leches, formando así tantas clases de quesos á lo menos como animales lactíferos existen.

Nuestros quesos ordinarios son de leche de vaca. Los buenos quesos se hacen al principio de la primavera ó del otoño. Se toma la leche mejor & la más fresca, & con ella, desnatada ó no, se hace el queso.

Para hacer queso se toma el cuajo ó leche cuajada, que se halla en el estómago del becerro, & que se conserva salada, colgada en un sitio caliente en el rincón de la chimenea. Tómese esa leche: desláse en una cuchara con la leche que se quiera convertir en queso: extiéndase de ese cuajo desleído medio dracma sobre dos pintas de leche; & la leche se convertirá en queso.

QUE 333

Entonces se le separa con una cuchara de desnatar: se tendrán preparadas unas vasijas agujeradas por los lados & por el fondo, & en ellas se pone el queso para enjugarse y moldearse.

Cuando está moldeado & seco, se come ó se sala, ó se le dan otras preparaciones. Véase el artículo LECHE, donde se dan más detalles sobre las diferentes substancias que de la misma se extraen.

Queso, (*Dieta*.) sabido es que el queso es uno de los principios constitutivos de la leche, de la que se le extrae por una verdadera descomposición para el uso de nuestras mesas.

Se preparan dos especies de queso; uno puro, es decir, únicamente formado por la parte caseosa propiamente dicha de la leche; otro que contiene ese mismo principio & la parte mantecosa de la leche ó la manteca.

El queso de la primera especie es grosero, poco ligado & muy propenso á agriarse; se le abandona á los campesinos. Todos los quesos que tienen alguna reputación & que se venden en las ciudades son de la segunda especie: son blandos, grasos, delicados & poco sujetos á agriarse; tienen olor & gusto agradables, á lo menos mientras son recientes: se les suele denominar *grasos* ó *mantecosos*. Varios cantones del reino suministran clases excelentes. El queso de Rocquefort es considerado como el primero de Europa; los de Brie, de Sassenage & de Marolles no ceden en nada á los mejores quesos de los países extranjeros: los de las montañas de Lorena, de Franco-Condado & de las comarcas inmediatas imitan perfectamente el de Gruyere: el queso de Auvernia es tan bueno como el mejor de Holanda, etc.

Todos los médicos que han hablado del queso le han distinguido con razón en fresco ó reciente & en añejo, ó en fuerte & picante; han deducido otras diferencias, más ó menos esenciales, de la diversidad de los animales que han suministrado la leche: del olor, del gusto, del grado de salazón, etc.

Los antiguos pretendían que el queso fresco era frío, húmedo & ventoso, pero que excitaba menos la sed que el añejo; que estreñía menos el vientre; que no suministraba un jugo tan grosero; que nutría bien, & hasta que engordaba; sin embargo, era de digestión difícil, engendraba el cálculo & causaba obstrucciones, etc.

El añejo era caliente & seco, según su doctrina, & á causa de esas cualidades, difícil de digerir, muy propenso á engendrar el cálculo, sobre todo si era muy salado. Galeno, Dioscórides & Avicena condenaron su uso por esas razones, & además porque suponían que suministraba mal jugo; que estreñía el vientre & que se convertía en bilis negra ó atrábilis: declararon, no obstante, que tomado en pequeña cantidad, podía facilitar la digestión, especialmente de las carnes, aunque fuese difícil de digerir él mismo.

La mayor parte de esas pretensiones se hallan poco confirmadas por los hechos. El queso, á menos de hallarse absolutamente degenerado por la putrefacción, es muy nutritivo: la parte caseosa de la leche es su principio verdaderamente alimenticio.

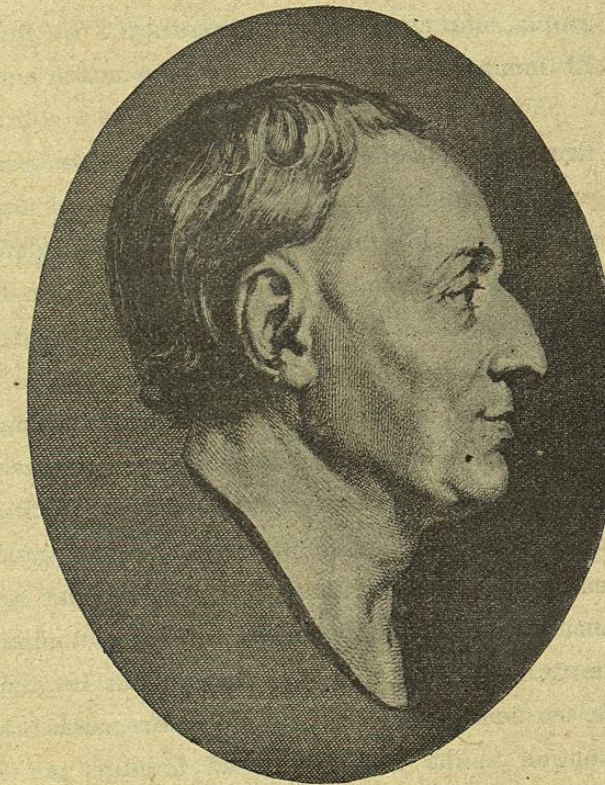
El queso fresco, sazonado con un poco de sal, es, pues, un alimento que contiene en abundancia la materia aproximada al jugo nutritivo, cuya insulsez se corrige útilmente con la actividad de la sal. A las gentes del campo & á los que se dedican diariamente á trabajos pesados les conviene el uso de este alimento, que se hace más saludable todavía, como todos los demás, por la costumbre.

El queso hecho, es decir, que ha sufrido un

llándose aparte de la humanidad laboriosa de abajo, tenía ya mala conciencia de sus privilegios, de sus vicios, de su pretendida civilización, predicaba atrevidamente á aquellas gentes hastiadas y desengañadas de la vida, la vuelta hacia la Naturaleza y el trabajo renovador. Además, proclamaba la

igualdad entre los hombres: cuando Voltaire escribía la historia de un Luis XIV y de un Carlos XII, Rousseau evocaba una sociedad en que el derecho público había de nacer del contrato de todos los ciudadanos. Las reivindicaciones que habían de originar el socialismo del siglo siguiente se formulaban ya en sus escritos: «ciudadano de Ginebra», no le bastaba dar á los pueblos la forma republicana, quería también asegurarles el bienestar y la instrucción. Indudablemente no había llegado

aún á la concepción de que esas transformaciones políticas y sociales debieran realizarse por la libre voluntad de los individuos agrupados en sociedades que se formarían y deformarían para reconstituirse de nuevo, siguiendo las iniciativas personales y el juego de los intereses comunales creados por las condiciones del medio. Todavía muy simplista en sus concepciones, sólo contaba con la poderosa organización del Estado, al que concedía una fuerza irresistible. La razón de Estado, apoyada sobre la religión de Estado, hubiera podido aniquilar toda oposición; lógicamente, Rousseau había de



Gabinete de las Estampas.

DIONISIO DIDEROT, 1713-1784

Retrato por J.-B. Greuze.

producir un Robespierre. Sin embargo, la obra del siglo en general y la de Rousseau en particular eran infinitamente complejas, preñadas de consecuencias diversas, buenas ó malas, y ya era un gran progreso en el conjunto de la evolución que un autor presentara sus ideas sobre el funcionamiento normal de las sociedades, no como una utopía, sino como un plan propuesto á los pueblos para su realización. El hombre salía del ensueño para entrar en el mundo de la acción.

Otra revolución se había realizado, sobre todo por mediación de Rousseau: había mujeres que tomaban parte ardientemente en la propaganda de las ideas nuevas contra el mundo antiguo de la autoridad clerical y monárquica; quedaba definitivamente iniciado el ataque á la ciudadela por excelencia de la fe tradicional y del obscurantismo. La literatura nueva les autorizaba á salir de la ignorancia en que el siglo XVII — especialmente por la comedia de las *Mujeres sabias* — había querido mantenerlas. Las mujeres se habían apasionado y habían llorado á la lectura de la *Nueva Eloísa*; comprendiendo que el amor era cosa grave y no una sencilla diversión, aprendían á conocer la seriedad de la vida. Sabían, gracias á Rousseau, que la madre ha de ser «maternal» y no delegar sus cuidados y su amor á una mercenaria. *Emilio* les enseñaba también la importancia mayor de todos sus actos en la educación de los niños, que mañana habían de ser hombres y realizarían grandes cosas. La mujer del siglo XVIII, aunque tenida por inferior al hombre por Rousseau y reducida á una parte secundaria en su instrucción, se asoció de todo corazón á la obra de liberación intelectual, y ¡cuántas veces intervino para socorrer á los escritores pobres ó afligidos, para dar un asilo á los perseguidos, para salvarlos de la cárcel ó de la muerte! ¡Cuán eficaz fué su acción para desorganizar la represión, para impedir el funcionamiento de la autoridad, ridiculizada á los ojos mismos de los que la ejercían! Cada salón se rebelaba contra el altar y contra el trono.

¡Pero cuán escaso era el número de los que osaban llegar hasta el término de sus principios de igualdad y de libertad! Todos se detenían, cada uno en el punto del camino donde personalmente le convenía. La mayor parte se conformaban con la existencia de un «gran Arquitecto del Universo», pero sin su cortejo de sacerdotes, y con la dominación de un rey, siempre que se rodease de filósofos.

Admitían la jerarquía de clases, hasta se llegaba á vituperar la «multitud», y se manifestaba satisfacción con que nadie careciera de pan.

El más lógico y el más atrevido entre los innovadores de la época fué Morelly, quien, ya en 1755, en su *Código de la Naturaleza*, exponía francamente la doctrina comunista, en los siguientes términos: «Conservar la unidad indivisible del fondo y de la convivencia común; establecer el uso común de los instrumentos de trabajo y de las producciones; hacer la educación igualmente accesible á todos; distribuir los trabajos según las fuerzas y los productos según las necesidades; no conceder al talento más privilegio que el de dirigir los trabajos según el interés común, y no tener en cuenta, para la repartición, la capacidad, sino solamente las necesidades, que preexisten y sobreviven á toda capacidad; no admitir retribución en dinero, porque toda retribución es inútil ó perjudicial: inútil en el caso en que el trabajo, libremente escogido, diera la variedad y la abundancia de los productos en cantidad superior á nuestras necesidades; perjudicial en el caso en que la vocación y el gusto no llenaran todas las funciones útiles». El comunismo tenía, pues, sus representantes, y hasta se propagó entre los hombres políticos, entre ellos Mably, uno de los más finos diplomáticos de Europa y enemigo de la Academia, quien acogió el *Código de la Naturaleza* y reconoció también que los hombres, desiguales de hecho por sus facultades y sus necesidades, son iguales en derechos.

Es evidente que la Revolución esperada se hubiera cumplido de una manera más pronta y segura si los protagonistas de la gran transformación hubieran estado á la altura de su enseñanza por la fuerza y la nobleza del carácter. Frecuentemente se hallaban desunidos, puesto que cada uno, más ó menos libre de antiguas preocupaciones, defendía sus convicciones personales; pero también muchos de ellos comprometían su propia causa por sus desviaciones ó sus vicios. Aparte del incomparable Vauvenargues, en su dulce austeridad, y del generoso Diderot, que extendía sobre todos su amplia benevolencia, ¿quiénes fueron los grandes escritores del siglo que honraban verdaderamente á la humanidad por la conformidad de su vida con sus principios? ¡Cuán grande fué el número de los rendidos, comenzando por los dos personajes más ilustres, Voltaire,